

NUESTRA HISTORIA

El propósito al inicio del internado de la Ciudad del Niño, según lo refería Buenaventura Badia en el artículo “La ciudad del Niño bajo construcción” (*El fronterizo*, 1953), fue el de:

Recoger y educar a ese “vago” sin casa y sin destino, para educarlo con amor, con el encendido sentimiento de la caridad de Jesús el de Belén, inculcada a manera de acto natural para que cuando salga de la Ciudad del Niño ya hombre, no tenga resentimiento contra aquel que lo maltrato de palabra o de obra, con el pretexto de darle “mejor educación” que no sepa de la amargura infantil que trueca en sus metas la idea del bien por la idea del mal. Por lo contrario, que salga con la creencia de que la humanidad es buena y que su camino de obrero o intelectual o comerciante, este limpio de malezas sindicales, de perversiones patronales, o que su creencia en la Ley Divina sea para él, la ley natural del procedimiento humano.

Es así, que viendo la inquietud de Monseñor Baudelio Pelayo por construir un lugar amplio para los niños huérfanos y necesitados, los señores Santiago Muela, Jesús Rodríguez y Manuel Prieto, le donan un terreno para este fin, ubicado al costado oriente del panteón Tepeyac, cercano al antiguo campo de aviación, en la colonia Linda Vista. Decía Monseñor Pelayo “Hay que transformar las lomerías cercanas al panteón Tepeyac “. Ángel Alcázar de Velasco en sus notas para la historia de la Ciudad del Niño nos refiere que Monseñor Baudelio Pelayo no pudo estar en lo mas cierto al escoger las lomas del Tepeyac para la construcción, pues la altura dará a los niños una psicología que les ayudará a poner más empeño en sus estudios y trabajos; por otra parte, lo alto esta más fresco y más sano.

En una visita que realizo la señora Josefina Torres de Talavera en compañía de su esposo a la Ciudad del Niño al inicio de la obra, le preguntaron a Monseñor porque había escogido un lugar tan lejos y tan despoblado. La respuesta de Monseñor fue: “Fíjate que este terreno es mas sano, mira, es puro caliche, es cal, es como un terreno protegido de microbios; aquí se va a respirar aire puro, aquí se van a dominar todas las ciudades; por lo sano, por eso lo escogí, veras como van a estar los muchachos muy sanos acá”; con este deseo de tener un ambiente saludable para los menores, se dan los primeros pasos en conseguir los recursos económicos para empezar la construcción. (Elisa Anguiano, entrevista personal, 14 de noviembre de 2006).

Dada la inquietud de Monseñor Pelayo, se organizo el primer comité presidido por el Sr. Fernando A. Villalobos, Luis H. Álvarez y Raúl Yáñez Loria, quienes se dan a la tarea de buscar los medios para iniciar la construcción de la Ciudad del Niño (El fronterizo, 10 de febrero de 1955):

La construcción de esta obra es la más humana que se ha realizado desde que Fray García de San Francisco termino la Misión de Ntra. Sra. de Guadalupe de los Indios Mansos. Aquella fue el primer refugio en el que los indígenas dieron albergue a su espíritu; está, es el primer refugio en que los niños en desamparo total hallaran no solo albergue y comedor, sino talleres y doctrina. (Alcázar. Notas para la Ciudad del Niño)

Para Ciudad Juárez, la presencia de una institución que atenderá la grave necesidad de proteger a los niños marginados fue un verdadero oasis en el desierto, ya que a través de esta labor se daría amor a los niños más desprotegidos de la Ciudad.



Colocación de la Primera Piedra.

El día 28 de junio de 1953, Monseñor Baudelio Pelayo, colocó la primera piedra de lo que sería en un futuro la Ciudad del Niño. En ese momento expresó las siguientes palabras: “ Hace mucho tiempo que se necesitaba aquí la Ciudad Del Niño, es una imperiosa necesidad social”. Después de dicho acto, Monseñor Pelayo pronunció el siguiente mensaje:

“Señoras (es) se ha arrojado la semilla al surco, hemos colocado la primera piedra en el primer edificio que formara parte de la Ciudad del Niño. ¿Quién no ve que la necesidad de esta obra se impone? Muchos de nuestros niños necesitan que la sociedad les tienda la mano, no para que la sociedad les arroje un mendrugo de pan y la miseria siga cerniéndose sobre sus cabezas, si no para que les de medios capaces para desarrollar sus facultades y puedan un día valerse por si mismos y ser útiles a la sociedad en que la que viven.

El principio en que me baso para exponer esta obligación de la sociedad podía ser su misma definición. ¿Qué no se unen todos los hombres con el único fin de ver por el bien material de todos? Entonces, ¿Por qué tantos miembros abandonados en esta misma sociedad?

En estos niños hay inteligencia y hay corazón, solo nos resta cultivarlos. Y si esta labor no la llevamos a cabo, tendremos, tendremos que llevar a esos mismos niños cuando ya sean hombres a la cárcel o a aplicarles la ley fuga, pero si os aseguro que irán maldiciendo a la sociedad en que nacieron. Ya podréis ver muchos candidatos rondando por nuestras calles, en las cantinas, en las puertas de las casas de asignación y debajo de los puentes internacionales donde se reparten su presa y duermen en una mezcla infame. Muchos ya son peritos carteristas y muchos más practican "ganchos". Para muchos de éstos, su único lugar es la cárcel o el patíbulo. Y, ¿a quienes debemos culpar? A sus padres y en último lugar a la sociedad, o sea a nosotros.

Al comenzar esta obra, de la Ciudad del Niño, hemos comenzado a cumplir un deber. La semillita ha sido arrojada al surco. Ahora, cada uno de los miembros de esta gran ciudad fronteriza, y de un modo especial, cada uno de aquellos a quienes la fortuna los ha querido elegir por disposición de la Providencia, constituyéndolos mayordomos o administradores de los bienes de la naturaleza, deben hacer que esta Obra germine. Ahora es una pequeña plantita, pero poco a poco irán creciendo y se formara un gran árbol tal, que bajo sus sombras vengán a guarecerse un ingente número de nuestros niños necesitados de abrigo.

Aquí se les dará una formación intelectual, moral y física. Después que han terminado la instrucción primaria, entraran al aprendizaje de un oficio en los talleres de pequeñas industrias. Su organización es singularísima. Aquí no habrá murallas ni de piedra ni de púas de hierro. La única muralla será de gran convicción, de trabajo y de la suavísima ley del amor. Ellos mismos se gobernarán. No habrá indumentarias que los distinga de aquellos que llaman hombres libres, porque ellos también lo son (El fronterizo. 28 de junio de 1953:2).

La energía y pasión en la misión de asistir y formar a los menores vibra en sus palabras; la gran calidad moral que poseía, y el espíritu de pedagogía con los menores, se manifiesta en su deseo de que no existan murallas, ni piedras, ni púas; la única cadena que los atará será la libertad en el amor, para crecer, formarse y ser hombres libres de bien.

Bendición de la Ciudad del Niño

El día de 6 de enero de 1954, se llevó a cabo la solemne bendición del primer edificio que consistía en un amplio salón en forma de cruz destinando para comer, capilla, cocina. Y un segundo edificio como dormitorio y baños, recibiendo a los treinta primeros niños varones mayores de diez años que estaban en el Orfanato Guadalupe. Estos niños entraron para dormir por primera vez sin temor, sintiéndose acogidos amados y protegidos por quien había construido una casa especialmente para ellos; allí recibirán los cuidados maternales por parte de las religiosas Misioneras de María Dolorosa. Las primeras Hermanas encargadas de esta misión fueron: Ma. Asunción Lazcano, Superiora, María de la Paz Miranda, María Soledad Muñoz y Martha Gallegos, y como colaboradores tres jóvenes aspirantes a la Pía Unión del Niño de Jesús, que Monseñor Pelayo pensaba fundar.

Como parte fundamental para el crecimiento en la fe y fortalecer la vida espiritual tanto de los niños como de las religiosas, el día 7 de enero de 1954 el Sr. Obispo Don Antonio Guízar Valencia, celebro la primera misa en la Ciudad del Niño quedando desde ese momento el Santísimo Sacramento en el Sagrario de la Capilla. (El fronterizo. 8 de enero de 1954) y de acuerdo con lo escrito en la reseña histórica del internado, como directores espirituales de esta obra, estuvieron colaborando sacerdotes como Francisco J. Flores, Raúl Antonio Medina, Juan M. Figueroa, Arturo Valenzuela, Ignacio Villanueva, José de Jesús Oviedo, Fernando Terraza y Celso Flores.

El padre Villanueva comparte una de sus experiencias que vivió al estar como director Espiritual de la Ciudad del Niño:

Era una de las obras que él (Mons. Pelayo) quería mucho, que nació de esa delicadeza suya por los niños desprotegidos, los niños de la calle y los niños abandonados. En el año 1958 estuve como un año y medio de director. Las Hermanas que estaban eran la Madre Lourdes, La madre Paz, la Madre Consuelo y la Madre Esther "Tello". Era muy agradable compartir con esas monjitas.

Eran puros niños indigentes; como yo llegue en julio hacia demasiado calor, no había agua, había que ir al panteón por el agua y los niños con sus cabellos muy largos. Yo era peluquero en ese momento, y me fui, compré una maquina peluquera en El Paso y me puse a cortarles el pelo. Ya después aprendieron la Madre Lourdes y la Madre Tello a cortar el pelo. Monseñor en esa época iba poco, de hecho, a mí me mandaron de director, él lo había pedido, andaba apresuradísimo, ocupadísimo por la congregación y por otros templos que estaba construyendo, y eso le llevaba mucho tiempo. (Elisa Anguiano, entrevista personal, 8 de noviembre de 2006).

Monseñor Pelayo, debido a sus múltiples compromisos principalmente con la congregación Religiosa que había fundado ve conveniente que alguno de los sacerdotes continúe frente de la obra, pues el apoyo espiritual que los Sacerdotes brindaban a las Hermanas fortalecía a la misión de educar a los menores.

Para contribuir a la formación integral de los niños se fueron abriendo distintos talleres: carpintería, equipada por el Sr. Edmundo L. Hass, siendo los maestros carpinteros los Sres. Ayala, Liborio Pelayo y Enrique Hernández; Panadería, atendida por el Sr. Rodolfo Ramírez, un hermano de la Pía Unión y varios niños; Herrería, atendida por los Sres. Vicente Téllez, Julio Carrillo, Octavio Zamora y Ricardo Ortiz; también se abrieron talleres de Imprenta, veladoras y tejería, este último atendido por el Sr. Carrillo (El fronterizo. 6 de enero 1954).

Cuando Monseñor Pelayo llegaba a la Ciudad del Niño, el ambiente se tornaba como cuando llega el papá a su casa, en esa época había muchos jóvenes de 16, 17 o hasta de 18 años. Él les hablaba con mucho cariño, pero en el momento de corregirlos era enérgico, estricto con ellos, esto debido a que era necesario en su formación. Siempre se preocupada mucho de su formación, decía: "Comer donde quiera; dormir, donde quiera; pero la formación es lo más importante para los niños (Hermana Olga Bojórquez, 2007). Con esta visión, de tener como prioridad la formación de los menores y en búsqueda de tener un varón al frente de ellos, solicita su colaboración al Profesor Manuel González.

